

Marquesa de Sade

MARGARET CROSLAND

Traducción de Lucas Villavecchia

gatopardo ediciones 

Título original: *Sade's Wife: The Woman Behind the Marquis*

Primera edición en inglés publicada por Peter Owen Ltd en 1995

Publicado por Pushkin Press en 2026

Copyright © Margaret Crosland, 1995

© de la traducción: Lucas Villavecchia, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © *El cónyuge complaciente*, James Gillray (1789)

ISBN: 979-13-991858-7-4

Depósito legal: B 17192-2026

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PREFACIO

¿La señora de Sade? ¿Tuvo esposa el escritor? ¿Quién era ella? Aunque los biógrafos de su marido no la hayan ignorado, la mujer que contrajo matrimonio concertado con el joven marqués en 1763 sigue siendo una figura enigmática: la persona que permaneció a la sombra de Sade durante casi treinta años.

Como sucede con su marido, ignoramos qué aspecto tenía, y esta ausencia de retratos familiares ha contribuido a reforzar el misterio que envuelve al matrimonio. Se conserva un retrato del padre del marqués y una posible imagen de su madre. Pero en el caso de su esposa y de él mismo, tenemos la suerte de poder escuchar en cambio sus voces, que resuenan nítidamente en la profusión de cartas que intercambiaron entre sí y con otras personas. Estos documentos, editados y analizados con paciencia por los estudiosos y biógrafos que aparecen en la bibliografía de este libro, revelan los pormenores de la vida insólita de esta singular pareja. Para ser precisos, nos descubren cómo una mujer, nacida en un siglo en el que las mujeres gozaban de poder sexual pero pocos derechos civiles, desafió a una madre dominante en sus intentos

desesperados por ayudar al hombre incorregible al que amaba de forma inexplicable, antes y durante los confusos tiempos de la Revolución francesa, hasta que, de pronto, ya no pudo tolerarlo más y se retiró a una soledad de inspiración cristiana.

Al escribir este libro he contado con la inestimable ayuda del general (vizconde) Pierre Lesquen du Plessis Casso, descendiente de las familias Sade-Montreuil-Menildurand, de mi perseverante investigadora Denise Merlin y de mi editor Michael Levien.

También me gustaría dar las gracias a Jeffrey Simmons, a la biblioteca de la Universidad de Londres, a la London Library, al Departamento de Arte y Bibliotecas del condado de Kent, a Sabrina Izzard y a su equipo de la librería Hall's, en Tunbridge Wells, y a Mike Ridley.

MARGARET CROSLAND

MARQUESA DE SADE

PRÓLOGO

En el verano de 1778, una mujer de treinta y siete años que residía en París escribió una breve carta a su marido y se la mandó a su abogado, quien la entregaría cuando fuera seguro hacerlo. En ese momento no lo era, pues ella sabía, o al menos esperaba, que su esposo estaba a punto de fugarse de la cárcel. Y en caso de haberlo logrado ya, nadie conocería su paradero. «¿Te crees ahora —escribió ella— que te quiero, mi querido amigo, que te adoro con locura? Cuida bien de tu salud, que no te falte de nada.»

Llevaban quince años casados, tenían tres hijos, él había estado en prisión cuatro veces y la fuga que ahora planeaban, o que tal vez ya se había llevado a cabo, era la segunda. Ella le había ayudado a idearla, pero aún no sabía que duraría poco. Estaba profundamente enamorada de su marido, a quien en esta carta trataba de *tu* (ambos solían usar el *vous* más que el *tu*). Estaba desesperada por recibir noticias y por que nada saliera mal: «[...] haz que me escriban cartas con la letra de otra persona y, entre líneas, escíbeme con tinta invisible». Ella pensaba hacer otro tanto; se reuniría con él en cuanto pudiera y le contaría muchas cosas. Él no debía preocuparse por nada; ella

estaría en vilo hasta recibir noticias. «Pero prefiero no tener noticias a que corras riesgos.» Su abogado le daría todo el dinero que quisiera. «Cuídate, te lo ruego...»

Se las había arreglado para reunir algo de dinero para su marido, pero él siempre se quejaba de que no era suficiente, y los culpaba a ella y al abogado. A decir verdad, a ella la culpaba de casi todo, pero la necesitaba constantemente, aunque solo fuera para que escuchara sus quejas: era la marquesa de Sade.

¿Cómo había llegado a ostentar ese título?

Hay buenos matrimonios, pero no deliciosos.

LA ROCHEFOUCAULD

Renée-Pélagie de Montreuil, nacida en Francia en 1741, supo desde los diez años más o menos qué futuro le esperaba: le buscarían marido, preferiblemente de una clase social más alta, se concertaría un matrimonio, se redactaría un contrato sobre los bienes y el dinero, y ella dedicaría el resto de su vida a criar a sus hijos, supervisando su educación y, en general, dirigiendo la vida social de su familia. Los hijos probablemente se alistarían en el Ejército, y a las hijas se les buscarían maridos apropiados. Esa era la vida que había llevado su propia madre; no había ninguna posibilidad de cambiar el sistema. La madre, Marie-Madeleine Masson de Plissay, hija de un consejero real, se había casado en 1720 con Claude-René Cordier de Launay de Montreuil, un abogado que había prosperado lo suficiente como para convertirse en el presidente honorífico, y luego presidente, del Tribunal de Impuestos de París. Pertenecía a la nobleza de toga: una clase sin título nobi-

liario, que adquiriría su nobleza desempeñando cargos importantes para la Corona, por lo que también se la conocía, en un sentido ligeramente peyorativo, como *robinocratie*.¹ En todo caso, se lo podía considerar un buen partido, ya que no le faltaba el dinero y tenía muchas posibilidades de ascender profesional y socialmente. Los Montreuil tuvieron cinco o seis hijos. Se los podría describir como ricos, acomodados y, sin duda, felices. A Claude-René se lo conocía como *le Président*, y su mujer, que desempeñaría un papel destacado en esta historia, era *la Présidente*.

Es posible que los padres de Marie-Madeleine no supieran hasta qué punto era «apropiado» ese marido, pues ella era una organizadora nata y él acabó convirtiéndose en el hombre invisible. Es de suponer que Claude-René Cordier trabajaba noche y día. Había adquirido una casa en la rue Neuve-du-Luxembourg, una zona de moda en París que hoy forma parte de la rue Cambon, y el castillo de Échauffour, en Normandía. Su padre había comprado el *château* en 1720 y, cuando Claude-René lo heredó veinte años después, se autodenominó Cordier de Montreuil. Posteriormente, la familia adquirió otros *châteaux*: Vallery, cerca de Sens, y Verrières, en el departamento de Yvelines.

En principio, la familia Montreuil lo tenía todo a favor, y no esperaban ningún contratiempo cuando se plantearon el futuro de su hija mayor, Renée-Pélagie, que en 1762 ya tenía veintiún años, edad más que suficiente para contraer matrimonio. De hecho, muchas chicas se casaban a una edad bastante más temprana. Si Renée hubiese sido un bellezón o hubiese tenido algún atractivo femenino evidente, tal vez sus padres habrían recibido propues-

1. En referencia a los *robins*, los magistrados, jueces y juristas que vestían toga. (Esta nota, como las siguientes, es del traductor.)

tas de familias interesadas, pues los Montreuil podían ofrecer una buena dote, siendo el económico el aspecto más importante de ese acuerdo, que se consideraba un negocio en toda regla. Su hija mayor, sin embargo, no era ninguna belleza. Más bien baja de estatura, tenía el pelo castaño y los ojos grises, sus andares eran masculinos y no le interesaba la ropa bonita. Apenas tenemos detalles sobre su aspecto físico, y no se conserva ningún retrato de ella sobre cuya autenticidad no haya dudas. Se cree que uno de los retratos que se le adjudican corresponde a su suegra. En 1901, Paul Ginisty, basándose en indicios dudosos, hizo esta semblanza: «No era lo que se dice guapa; su rostro, iluminado por unos ojos brillantes, era dulce, expresivo y poseía cierta gracia tímida bajo la cual se intuía una profunda pasión, indicativa de un alma cálida y vibrante que aún no era consciente de sí misma». A continuación, mencionaba sus orígenes y vaticinaba su futuro: «Su juventud transcurrió en un ambiente estricto, bajo la férula de una madre autoritaria, y fue extremadamente tranquila. Era el tipo de mujer que, a simple vista, podía suscitar indiferencia, pero un observador atento habría percibido en ella, por el contrario, rasgos interesantes, una mezcla de torpeza y determinación, una mirada de extrema franqueza y un fuego intenso».

Cabe suponer que recibió una educación similar a la de cualquier joven de su clase social a mediados del siglo XVIII. En Francia este fue un siglo de paradojas, pues si bien hoy parece dominado por imágenes femeninas, esas mismas mujeres, retratadas por Boucher, Fragonard, Greuze, Lancret y muchos otros, podían ejercer una influencia personal e incluso política, pero carecían de derechos. Entre los aristócratas y las clases medias, su poder residía ante todo en la sexualidad, siempre realzada

contra un fondo de belleza física, inteligencia, discreción y alta cultura. Fue el siglo en que la burguesa Jeanne-Antoinette Poisson, más conocida como madame de Pompadour, logró convertirse en *maîtresse en titre* del rey Luis XV y conservar ese cargo durante casi cuarenta años. Ella, como la reina María Antonieta más tarde, tenía muchísimo más glamur que los reyes con los que se relacionaba. Cada una a su manera, ambas desempeñaron un papel destacado, aunque no siempre beneficioso, en el gobierno del país. No obstante, de haberlo deseado, sus «socios» —por emplear un término actual— podrían haberlas destituido en cualquier momento.

Siguiendo con las paradojas, los *philosophes* que hicieron de este el siglo de la Ilustración apenas se preocupaban por los derechos de las mujeres, sino únicamente por los del hombre. A los colaboradores de la *Encyclopédie* les interesaba más la fisiología de las mujeres que su emancipación, y si bien escritores anteriores, como Montesquieu, las habían observado con un ingenio perspicaz, solo el brillante y ecuaníme Condorcet, entre los contemporáneos de Renée-Pélagie, las consideraba potencialmente iguales a los hombres. En el siglo anterior, Poulain de la Barre había intentado demostrar lógicamente, mediante la aplicación de principios cartesianos, la igualdad entre hombres y mujeres. Su libro *De la igualdad de los sexos* se publicó en 1673, y al año siguiente dio a imprenta *De la educación de las damas*, pero estas obras pioneras no tuvieron una continuación significativa en el siglo siguiente. Los *philosophes*, incluido el inteligente Diderot, aprovechaban de buen grado los salones dirigidos por mujeres, pero, de nuevo con la excepción de Condorcet, apenas consideraban a esas personas —que habían desarrollado un tipo de habilidad especial, particularmente

útil para escritores y pensadores— como individuos por derecho propio.

Ciertamente, los *philosophes* más avanzados creían que las mujeres deberían recibir una mejor educación, pero con un único objetivo: de esa manera serían esposas y amantes más interesantes, y puede que al menos algunas compraran libros.

Así pues, la educación de Renée-Pélagie de Montreuil se desarrolló en su mayor parte con arreglo a los cánones de la época, en un convento. Allí, las monjas le enseñaron a amar a Dios y, a través de los preceptos de la fe cristiana, aprendió a ser una buena esposa y madre. Por extraño que pueda parecer, había sido durante el siglo anterior cuando se había prestado mayor atención a la educación de las niñas. Ya en 1678 Fénelon, arzobispo de Cambrai, había publicado su sensato y aún hoy legible *Tratado de la educación de las hijas*. Él y sus seguidores se esforzaban en recordar a los profesores —esto es, principalmente a clérigos, monjas y progenitores— que hay que fomentar la lectura entre las niñas, pero que nunca se les debe permitir leer libros que puedan avivar su imaginación, ya de por sí demasiado viva. La educación conventual era, evidentemente, limitada, ya que las monjas podían ilustrar a sus pupilas sobre la fe y el perdón, pero en cuanto a los aspectos prácticos de la vida y, más concretamente, de la vida conyugal, nada podían enseñarles, pues carecían de experiencia al respecto. Solo había un precepto claro: la mujer debe ser sumisa con su marido.

No se sabe nada sobre la educación de Renée-Pélagie, pero sus padres, tras sus primeros años en el convento elegido, seguramente recurrieran a tutores privados. Era esencial que adquiriera las habilidades propias de una señorita de su condición: el baile, el canto e incluso el teatro *amateur*, tan popular entre los aristócratas y las clases

acomodadas. La posesión de un teatro privado era un símbolo de éxito social. Esta era la formación que preparaba a una joven para su carrera, la carrera del matrimonio, pues fuera de la Iglesia prácticamente no había otra. Su madre, madame de Montreuil, debió de recibir una educación muy costosa, pues era lo suficientemente inteligente como para merecerla y, sin ella, nunca habría podido escribir, a lo largo de unos veinte años, aquellas cartas tan hábiles y cautivadoras, a las que solo podían compararse las de otro escritor que acabaría formando parte de la familia: su futuro yerno. Su hija también redactaba buenas cartas, aunque de otra manera y sin extenderse jamás, pero nunca aprendió a escribir correctamente.

En 1762 o a principios del año siguiente, madame de Montreuil se puso a buscar al yerno en cuestión. Dado que siempre se ceñía a la etiqueta, estaba decidida a que su hija mayor fuese la primera en casarse, y estaba igualmente decidida a que el matrimonio aportara a la familia algo que no poseía, algo que no podía comprar. Quería que la siguiente generación de los Montreuil ascendiera socialmente, que pasara de la nobleza de toga a la *noblesse d'épée*, la verdadera aristocracia, denominada «de la espada» porque se había basado, a lo largo de los siglos, en las recompensas otorgadas por el monarca a los líderes militares cuyo arrojo en el campo de batalla había traído gloria a Francia. Para quien no podía adquirir un título nobiliario, había una forma de ingresar en ese grupo privilegiado, aunque fuera de manera indirecta: mediante un matrimonio bien concertado.

Gracias a la profesión de su marido, al dinero que había heredado y a su personalidad arrolladora, madame de Montreuil ya contaba con amigos muy poderosos, algunos de ellos cercanos a la corte, pero eso no era suficien-

te. Quería entrar en el círculo selecto, en la aristocracia, por cualquier medio a su alcance. Como era de esperar, comentó a sus familiares que estaba empezando a pensar en un marido para su hija. No hay indicios de que la familia elaborara una lista de posibles candidatos y examinara sus respectivas credenciales, ya que se propuso un nombre con notable celeridad.

El tío de la *Présidente*, Jean Partyet, que anteriormente había trabajado en Cádiz como agregado comercial del Gobierno francés, era ahora el superintendente a cargo de los veteranos de guerra, *les invalides*. Comentó a las personas de su entorno que se buscaba un marido para su sobrina-nieta, que había cumplido veintiún años en diciembre de 1762. Un hombre prestó especial atención a sus palabras. Jean-Baptiste Joseph François, conde de Sade, estaba ansioso por encontrarle una esposa a su único hijo, Donatien-Alphonse-François, marqués de Sade, que un día heredaría el antiguo título de su padre y todo lo que conllevaba. Si madame de Montreuil esperaba cumplir algunas de sus ambiciones a través del casamiento de su hija, el conde tenía sus propias ambiciones, pero eran de otra índole. En primer lugar, él mismo estaba endeudado hasta las cejas, debido a su ludopatía y a su incompetencia general, y necesitaba dinero. En segundo lugar, no sabía cómo lidiar con su hijo, que había sido dado de baja del Ejército al término de la Guerra de los Siete Años en 1763 y ahora vivía desenfrenadamente, entregado a los placeres mundanos y acumulando aún más deudas. El conde ni siquiera fingía querer a su hijo, simplemente deseaba quitárselo de encima. A pesar de haber iniciado su carrera en el cuerpo diplomático, como representante de su país en la corte del Electorado de Sajonia, el conde se había comportado de forma indecorosa. Su esposa, Marie Eléonore de Maillé

de Carman, que provenía de una familia distinguida y era pariente lejana del rey, había decidido vivir separada de su marido, en un convento carmelita. No está claro si lo hizo para ahorrar dinero o para huir de la infelicidad conyugal. El conde se quejaba a su hermano, el abad de Sade, y a todo aquel que se le pusiese a tiro de que vivía en la más absoluta pobreza y estaba enfermo, mientras que su hijo no le hacía ningún caso ni estaba dispuesto a interrumpir sus bailes, sus salidas al teatro, sus excursiones campes- tres o sus pícnicos para ir a visitarlo.

El conde ya había barajado otra posible novia y, aunque era hija de un banquero florentino, la descartó porque pronto descubrió que los Montreuil eran más ricos. Los Sade eran una familia muy antigua y verdaderamente aristocrática con numerosas propiedades en la Provenza, donde residía la mayoría de sus parientes. En cierto sentido, el conde se encontraba aislado, separado de su esposa, lejos de sus hermanos mayores —entre los que destacaba su hermano más interesante, el abad de Sade— y de sus cuatro hermanas, todas las cuales, salvo una, eran monjas y vivían en la Provenza. Su hijo no solo lo ignoraba, sino que su comportamiento disoluto era piedra de escándalo en París; las deudas se acumulaban por doquier y pronto podría ser demasiado tarde: ninguna familia aceptaría a un joven que no tenía nada más allá de un título y una pésima reputación. De ahí que el conde se interesara cada vez más por los Montreuil.

Amén de recibir la educación que correspondía a una niña de su clase social, Renée-Pélagie creció con dos padres en un hogar estable. Su potencial futuro esposo había vivido una juventud muy diferente, aunque también hubiera recibido el tipo de educación que elegían muchas familias de su clase. El conde y la condesa habían sido pa-

dres ausentes, ya que a menudo viajaban al extranjero con su ilustre patrono, el príncipe de Condé, y su esposa. En consecuencia, pronto enviaron al joven a vivir con su tío, el abad de Sade, en la Provenza, donde, según él mismo admitía, fue mimado por su abuela. Estaba en contacto con sus tías, una de las cuales estaba casada y tenía una hija, y además contaba con una institutriz, madame de Saint-Germain, a quien respetaba mucho y no olvidó nunca. Escapó brevemente de esta vida dominada por mujeres cuando, a los diez años, lo enviaron al Collège Louis-le-Grand de París, donde estudió con los jesuitas. Le dieron una buena educación y lo acostumbraron a condiciones de vida muy duras, como la mala alimentación y las habitaciones sucias. Al mismo tiempo, en aquel centro se animaba a todos los estudiantes a participar en obras de teatro, aunque también tenían que aceptar las prácticas homosexuales por las que eran conocidos los jesuitas.

En 1764, los miembros de la Compañía de Jesús fueron expulsados de Francia, principalmente por motivos políticos. El joven marqués se procuró un tutor, el abad Amblet, que con el tiempo se convirtió en uno de sus pocos amigos. A continuación, pasó siete años en el Ejército, en el que se alistó a la edad de quince años. Apenas había tenido tiempo para la vida «normal». ¿Acaso resulta sorprendente que, cuando los franceses firmaron el humillante Tratado de París en 1763, en virtud del cual el país perdió la mayor parte de su imperio de ultramar, los jóvenes oficiales, que ya no veían un futuro para sí mismos y apenas lo veían para Francia, decidieran entregarse al placer? ¿Qué o quién podía infundirles algún sentido de la responsabilidad, máxime cuando los miembros de la familia real no mostraban ninguno y la pésima gestión de la Guerra de los Siete Años se había debido ante todo

al liderazgo militar de aristócratas que, sencillamente, no eran lo suficientemente profesionales?

Renée-Pélagie de Montreuil, que llevaba una vida recogida en la rue Neuve-du-Luxembourg, había logrado leer alguna de esas fábulas románticas que tanto deploraban Fénelon y otros, pero no había visto mundo y, sin duda, no se le había permitido la menor posibilidad de entablar relaciones, ni siquiera un coqueteo de salón, con ningún hombre. Madame de Montreuil se habría encargado de que tal cosa nunca ocurriera, pues había que preservar a las hijas de cualquier asomo de escándalo. Las hijas eran objetos muy cotizados; cada una tenía su precio.

Por el contrario, a sus veintidós años, el joven Sade ya tenía experiencia en relaciones de muy diversa índole. Había contratado los servicios de prostitutas y mujeres que seguían a las tropas, aunque lamentaba que quienes pagaban más gozaran de preferencia, pero ante todo había desarrollado un talento especial para enamorarse locamente. Poco antes de dejar el Ejército había conocido a una joven de unos treinta años en Hesdin, en el norte del país, y la había designado su prometida. En aquella época participaba en obras de teatro *amateur*, y se diría que su supuesto idilio formó parte de una representación. Sin embargo, este episodio llegó a su fin cuando tuvo que viajar a la Provenza tras la muerte de su abuela.

A principios de 1763, aquellas dos familias tan distintas, los Sade y los Montreuil, parecían estar acercándose cada vez más, y al conde le había complacido descubrir que en la familia Montreuil había una generación mayor que probablemente legaría una suma de dinero nada desdeñable a Renée-Pélagie. Los padres de ella anunciaron que estarían gustosos de hospedar y mantener a la joven pareja durante cinco años, y el interés del conde no hacía sino

aumentar con cada nuevo ofrecimiento. No ganaba para disgustos, y se sentía más pobre cada día. «¿Cómo vamos a celebrar una boda este año —le escribió a su hermano, el abad— si no tenemos nada? Necesitaríamos un carruaje.»

Lo que necesitaba sin falta era la colaboración de su hijo, pero este no estaba por la labor. Mientras las dos familias planeaban el futuro de la joven pareja sin tener en cuenta los sentimientos que sus retoños pudieran albergar al respecto, el marqués se enamoró locamente de una joven de su misma clase social, Laure-Victoire Adeline de Lauris, quien, como él, provenía de una familia provenzal. Todo apunta a que vivieron juntos, y las apasionadas cartas que Sade le escribía (de las que conservó copias) contienen misteriosas alusiones a algún tipo de enfermedad venérea. La gente hablaba de un compromiso, de contactos con el padre de la joven, de declaraciones románticas del marqués y de la furia del conde. En un primer momento, los Montreuil no se enteraron de nada, pero debió de parecerles extraño que el futuro novio no mostrara el menor entusiasmo por regresar a París, pues había vuelto a la Provenza para estar cerca de Laure.

Al poco tiempo empezaron a llegar rumores desde la Provenza, pero los Montreuil estaban tan decididos a seguir adelante con el acuerdo matrimonial que no se dejaron disuadir por un joven que, a su juicio, se entregaba a la vida disoluta con el único propósito de desafiar a su padre.

Al parecer, Renée-Pélagie ya había visto al hombre con el que iba a casarse, pero todo apunta a que tenía una rival involuntaria en su propia familia. Cuando el marqués fue a visitarla por primera vez, ella, según parece, estaba indispuesta. En su lugar, Sade conoció a su hermana menor, Anne-Prospère, por la que se sintió inmediatamente atraído. La niña solo tenía doce años, y la petición de Sade

de casarse con ella en vez de con Renée-Pélagie fue desestimada. Anne-Prospère debía de parecer más madura de lo que correspondía a una niña de su edad, pero si esta historia es apócrifa, los acontecimientos posteriores prueban que tal vez fuese algo más que un rumor biográfico. Sea como sea, madame de Montreuil insistió en que, según la tradición, la primogénita debía ser la primera en casarse.

En abril de 1763, había prisa por celebrar la boda, sobre todo porque el conde temía que el acuerdo no llegara a buen puerto, que sus crecientes deudas no pudieran saldarse y que su exasperante hijo siguiera a su cargo. Sabía que a los Montreuil les habían empezado a llegar rumores sobre el comportamiento insensato del joven, a quien debía traer de vuelta a París costara lo que costara. Sin embargo, su hijo no podía mostrarse más reacio, viéndose a sí mismo como un héroe romántico obligado a renunciar al verdadero amor en aras del deber familiar. Como Edward Gibbon, que un año más tarde renunciaría de mala gana a su amor por Suzanne Curchod, «suspiró como un amante» y «obedeció como un hijo». A los Montreuil se les dijo que se estaba recuperando de una fiebre, y mientras el conde protestaba por el coste del viaje, parece ser que el novio llegó a París el día antes de que se firmara el contrato matrimonial. Si no hubiera hecho acto de presencia, el resultado habría sido un fiasco humillante para ambas familias: una en busca de dinero, la otra de ascenso social. Dado que los Sade eran miembros de la aristocracia, era preciso que el rey en persona aprobara el enlace, cosa que ya había hecho, pese a que el novio no había asistido a esa ceremonia en concreto. Madame de Montreuil estaba muy orgullosa de sí misma. Daba igual si Renée-Pélagie se sentía satisfecha, inquieta o emocionada: sus sentimientos no importaban.

Al conde de Sade le gustaban sus futuros suegros; de hecho, tenían que gustarle. El 19 de abril de 1763 relató a su hermana, la abadesa de Saint-Laurent, una cena de domingo con ellos: «Son las personas más buenas y honorables del mundo, y todos dicen que es una gran suerte para mi hijo poder ingresar en esta familia. Lo siento mucho por ellos, porque están haciendo una pésima adquisición, alguien capaz de cometer toda clase de estupideces». Se alegraba de que Laure de Lauris, en la Provenza, le hubiese dicho al marqués que no lo amaba. A renglón seguido describía a los Montreuil: «El domingo no encontré fea a la *petite*. Tiene un pecho muy bonito, los brazos y las manos blanquísimos, y no hay nada desagradable en ella, nada, tiene un carácter encantador». Y a sus padres: «Su madre es muy simpática, divertida y alegre. El padre es un hombre muy bueno, un dechado de probidad».

El conde estaba encantado con aquellas personas tan generosas, que incluso habían accedido a prestarle dinero (con un aval) para la ceremonia nupcial: esa suma le permitiría adquirir un atuendo adecuado para el marqués y sus criados, además de un carruaje y dos caballos. El conde no contó con ninguna colaboración por parte de su propia esposa, la condesa, que no solo se había negado a donar sus diamantes como parte de la dote, sino que había fingido estar enferma para evitar la reunión del domingo. Al parecer, ella hubiera preferido que su hijo se casara con Laure de Lauris y se había negado reiteradamente a firmar los documentos necesarios para sellar el acuerdo con los Montreuil. El conde la había descrito como «una mujer terrible, mi hijo se parecerá a ella». Aunque acabó firmando, la correspondencia familiar deja claro que se desentendió del asunto y que era poco probable que Renée-Pélagie tuviera que soportar a una suegra entrometida.